

432
Santiago, 23 de mayo de 1944.

Para Gabriela Mistral,

Petrópolis.-

Nunca pude sentir mayor dolor que ahora - mi tan querida amiga - ante la muerte de un amigo, como este Juan Miguel Godoy que se nos ha caído, quemado y vivo, en esa tierra ardiente donde le trajo inexorable el destino. Él estaba situado en medio de mis amigos pasados y futuros. He amé desde que le conocí, cuando sus bellos ojos se asombraban ante el mundo inmenso con los chiquitos años que le hacían caminar. Recuerdo aquella Navidad madrileña, junto al árbol luminoso y repletos de regalos, cuando yo sentía calor de hogar en su casa acogedora, tal como si fuese uno más de la familia que allí celebraba la venida de Dios al mundo, niño y pobre, para darnos la redención y la eterna gloria de su infinito amor. Recuerdo mi paseo con de la mano por las ferias donde la alegría infantil era una sinfonía de esperanzas, llenando las viejas calles con el gozo español de la constancia en la fe y en la caridad del Dios verdadero, contemplando sus ojos tan inteligentes los belenes hechos por la sabia mano del artesano artista y selecto que plasma tanta hermosura en Europa.

Cómo me habría alegrado verle grande, y ahora que soy padres de estos tres vástagos que me acompañan la vida y me hacen algo más dulce con los amigos y extraños afuerza de humanizarme día a día. Cómo le habría mostrado los valles de Chile, dándole la austera lección de la montaña, la prodigiosa riqueza de los frutos de nuestra tierra noble y seria, más muchas veces que su misma gente. Cómo le habría explicado la breve charla histórica del pasado en que los Godoy, los Villanueva, los Albarracín, los Alcayaga, los Cortés, los Aguirre y tantos, tantos progenitores de su estirpe dieron todo lo que hay que entregar para formar una nación, sin esperar en la retribución futura, pues, muchas veces, es madrastra en lugar de madre la tierra americana.

Pero al saber la triste novedad de su muerte y por sus propias palabras, mi querida Gabriela, en esta tarde friolenta y tímidamente azul del otoño, me consuela de lágrimas la confianza de su salvación. A Juan Miguel le siento muy cerca, porque ya pasó el límite de esta carnalidad que nos envuelve y retarda tanto para todo lo inmenso. Él ya está con Dios, que de la nada nos trajo al mundo y nos puso en la lucha contra el poder de Satanás. Su desgracia la miro serenamente ya y creo que si el Señor le ha librado de la vida en medio de la vorágine que nos devora es porque su misericordia infinita así le ha determinado.

Envíame, Gabriela, un retrato de ese amigo que se fué y una copia de esas hondas oraciones que ha hecho. Yo rezaré con fervor y, lo que es de un valor eterno, aplicaré por su alma una misa en San Juan. En la hora eucarística de mi comunión, con Dios vivo: en cuerpo, sangre, alma y divinidad, con la mayor ternura y confianza pediré por él. Cristo es manantial de toda nuestra dicha, sólo en su palabra, en su mirada, en el palpiotar de su corazón dentro de nuestro pecho hay consuelo para poder vivir sin melancolía, sin las torturas de lo fugaz, fortificando el alma para aplastar los basiliscos, las sierpes y poder vencer a todas las fieras, aún la del orgullo, la de la

[Carta] 1929, Valladolid, [España] [a] Gabriela Mistral, Petrópolis, [Brasil] [manuscrito] Juan Mujica.

AUTORÍA

Autor secundario:Mistral, Gabriela, 1889-1957

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

[Carta] 1929, Valladolid, [España] [a] Gabriela Mistral, Petrópolis, [Brasil] [manuscrito] Juan Mujica. [2] p. ; 28 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile